

La colección Un libro por centavos, iniciativa de la Decanatura Cultural, de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que distribuye para sus suscriptores la revista *El Malpensante* y se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles y organizaciones gubernamentales.

En este segundo ciclo de la colección, continuaremos con los mismos propósitos e idéntico entusiasmo, en la promoción y divulgación de la poesía colombiana y latinoamericana, con la inclusión de poetas considerados clásicos en diferentes idiomas y países.

Este n.º 118 *En un pastoral albergue*, de Luis de Góngora, es una antología de la poesía del poeta español, cuya selección y cuidado estuvo a cargo de Martha Lilia Tenorio, profesora de El Colegio de México y de la Universidad de Chicago, especialista en poesía barroca.

Selección y nota
Martha Lilia Tenorio

Captura electrónica
Renata Sánchez Gudiño

Revisión, corrección y cotejo
Nayeli de la Cruz de la Rosa



N.º 118

LUIS DE GÓNGORA

*En un pastoral
albergue
Antología poética*

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL
2015

ISBN 978-958-772-407-3

© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2015
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia
Tel. (57 1) 342 0288
dextensionc@uexternado.edu.co
www.uexternado.edu.co

Primera edición
Noviembre de 2015

Imagen de carátula
Baile nupcial, interior, por Pieter Brueghel el Joven,
óleo sobre tabla, 119 x 157 cms.,
Instituto de Artes en Detroit, 1566

Diseño de carátula y composición
Departamento de Publicaciones

Impresión y encuadernación
Nomos Impresores

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Consulte nuestros poemarios publicados
durante 12 años en www.uexternado.edu.co

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

PIETER BRUEGHEL EL JOVEN (Bruselas 1564, Amberes 1638) Bélgica. Pieter Brueghel el Joven, hijo mayor de Pieter Brueghel, el Viejo, nació en Bruselas y vivió la mayor parte de su vida en Amberes, donde murió. A la edad de cinco años, quedó huérfano de padre, pero heredó su tradición artística, estilo y temática. En su juventud, junto con su hermano Ambrosius, conformó un taller y produjo paisajes, escenas alegóricas y otras obras de detalle meticuloso. También se convirtió en un exímio copista de las pinturas de su padre, cuyas obras firmó con el nombre de Peter Brueghel, el Viejo, perpetuándolo hasta la época en que se desarrolló el barroco en el arte flamenco. En algunas de estas réplicas, Brueghel el joven, agregaba o eliminaba algunas figuras y detalles, incluso completando diversas partes de varios cuadros en composiciones eclécticas. Durante los siglos XVI y XVII, logró que sus propias obras tuvieran una gran demanda en el mercado, gracias a la popularidad y escasez de las pinturas de su padre.

CONTENIDO

- La más bella niña (1580) [9],
Hermana Marica (1580) [12],
Ándeme yo caliente (1581) [16],
Oh claro honor del líquido elemento (1582) [18],
A la pasión de los celos (1582) [19],
Mientras por competir con tu cabello (1582) [20],
La dulce boca que a gustar convida (1584) [21],
Segunda parte de la fábula de los amores de
Hero y Leandro, y de sus muertes (1589) [22],
Buena orina y buen color (1591) [27],
De un caminante enfermo que se enamoró
donde fue hospedado (1594) [29],
Cosas, Celalba mía, he visto extrañas (1596) [30],
En un pastoral albergue (1602) [34],
¿Qué lleva el señor Esgueva? (1603) [40],
En la fiesta del santísimo sacramento (1609) [43],
De unas empanadas de un jabalí que mató
el marqués del Carpio (1613) [45],
En agradecimiento de una décima
que el conde de Saldaña hizo en defensa
del *Polifemo* y *soledades* (1614) [46],
Al santísimo sacramento (1615) [47],
De una dama que, quitándose una sortija,
se picó con un alfiler (1620) [49],
No vayas, Gil, al Sotillo (1620) [50],

A don Antonio Chacón, que desde colmenar viejo
le había enviado un requesón (1621) [52],
Al nacimiento de Cristo, nuestro señor (1621) [53],
En persona del marqués de Flores de Ávila,
estando enfermo (1623) [55],
Infiere, de los achaques de la vejez,
cercano el fin a que católico se alienta (1623) [58],
De la brevedad engañosa de la vida (1623) [59]

La más bella niña
de nuestro lugar,
hoy viuda y sola,
y ayer por casar,
 viendo que sus ojos
a la guerra van,
a su madre dice,
que escucha su mal:
«Dejadme llorar
orillas del mar.

 »Pues me distes, madre,
en tan tierna edad
tan corto el placer,
tan largo el pesar,
 y me cautivastes
de quien hoy se va
y lleva las llaves
de mi libertad,
dejadme llorar
orillas del mar.

»En llorar conviertan,
mis ojos, de hoy más,
el sabroso oficio
del dulce mirar,
pues que no se pueden
mejor ocupar,
yéndose a la guerra
quien era mi paz.
Dejadme llorar
orillas del mar.

»No me pongáis freno
ni queráis culpar,
que lo uno es justo,
lo otro, por demás;
si me queréis bien,
no me hagáis mal:
harto peor fuera
morir y callar.
Dejadme llorar
orillas del mar.

»Dulce madre mía,
¿quién no llorará,
aunque tenga el pecho
como un pedernal,
y no dará voces,
viendo marchitar
los más verdes años
de mi mocedad?
Dejadme llorar
orillas del mar.

»Váyanse las noches,
pues ido se han
los ojos que hacían
los míos velar;
váyanse, y no vean
tanta soledad,
después que en mi lecho
sobra la mitad.
Dejadme llorar
orillas del mar».

Hermana Marica,
mañana que es fiesta
no irás tú a la amiga
ni yo iré a la escuela.

Pondráste el corpiño
y la saya buena,
cabezón labrado,
toca y albanega;

y a mí me pondrán
mi camisa nueva,
sayo de palmilla,
media de estameña,

y si hace bueno
trairé la montera
que me dio la Pascua
mi señora abuela,

y el estadal rojo
con lo que le cuelga,
que trajo el vecino
cuando fue a la feria.

Iremos a misa,
veremos la iglesia,
daranos un cuarto
mi tía la ollera;

compraremos de él
(que nadie lo sepa)
chochos y garbanzos
para la merienda.

Y en la tardecica,
en nuestra plazuela,
jugaré yo al toro,
y tú a las muñecas
con las dos hermanas,
Juana y Madalena,
y las dos primillas,
Marica y la tuerta.

Y si quiere madre
dar las castañetas,
podrás tanto dello
bailar en la puerta;
y al son del adufe
cantará Andrehuela:
No me aprovecharon,
madre, las hierbas.

Y yo, de papel,
haré una librea,
teñida con moras
por que bien parezca,

y una caperuza
con muchas almenas;
pondré por penacho
las dos plumas negras
del rabo del gallo
que acullá en la huerta
anaranjeamos
las carnestolendas;
y en la caña larga
pondré una bandera
con dos borlas blancas
en sus tranzaderas;
y en mi caballito
pondré una cabeza
de guadamecí,
dos hilos por riendas,
y entraré en la calle
haciendo corvetas;
yo y otros del barrio,
que son más de treinta,
jugaremos cañas
junto a la plazuela
por que Barbolilla
salga acá y nos vea:

Bárbola, la hija
de la panadera,
la que suele darme
tortas con manteca,
 porque algunas veces
hacemos yo y ella
las bellaquerías
detrás de la puerta.

*Ándeme yo caliente
y ríase la gente.*

Traten otros del gobierno
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis días
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranjada y aguardiente,
y ríase la gente.

Coma en dorada vajilla
el príncipe mil cuidados,
como píldoras dorados,
que yo en mi pobre mesilla
quiero más una morcilla
que en el asador reviente,
y ríase la gente.

Cuando cubra las montañas
de blanca nieve el enero,
tenga yo lleno el brasero
de bellotas y castañas,
y quien las dulces patrañas
del rey que rabió me cuente,
y ríase la gente.

Busque muy en hora buena
el mercader nuevos soles;
yo, conchas y caracoles
entre la menuda arena,
escuchando a Filomena
sobre el chopo de la fuente,
y ríase la gente.

Pase a media noche el mar,
y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama,
que yo más quiero pasar
del golfo de mi lagar
la blanca o roja corriente,
y ríase la gente.

Pues Amor es tan crüel,
que de Píramo y su amada
hace tálamo una espada,
do se junten ella y él,
sea mi Tisbe un pastel,
y la espada sea mi diente,
y ríase la gente.

Oh claro honor del líquido elemento,
dulce arroyuelo de corriente plata
cuya agua entre la hierba se dilata
con regalado son, con paso lento:

pues la por quien helar y arder me siento
(mientras en ti se mira) Amor retrata
de su rostro la nieve y la escarlata
en tu tranquilo y blando movimiento,

vete como te vas, no dejes floja
la undosa rienda al cristalino freno
con que gobiernas tu veloz corriente,

que no es bien que confusamente acoja
tanta belleza en su profundo seno
el gran señor del húmido tridente.

A LA PASIÓN DE LOS CELOS

¡Oh niebla del estado más sereno,
furia infernal, serpiente mal nacida!
¡Oh ponzoñosa víbora escondida
de verde prado en oloroso seno!

¡Oh entre el néctar de Amor mortal veneno,
que en vaso de cristal quitas la vida!
¡Oh espada sobre mí de un pelo asida,
de la amorosa espuela duro freno!

Oh Celo, del favor verdugo eterno,
vuélvete al lugar triste donde estabas,
o al reino, si allá cabes, del espanto;

mas no cabrás allá, que pues ha tanto
que comes de ti mismo y no te acabas,
mayor debes de ser que el mismo infierno.

Mientras por competir con tu cabello
oro bruñido al sol relumbra en vano;
mientras con menosprecio en medio el llano
mira tu blanca frente el lilio bello;

mientras a cada labio, por cogello,
siguen más ojos que al clavel temprano,
y mientras triunfa con desdén lozano
del luciente cristal tu gentil cuello:

goza cuello, cabello, labio, y frente,
antes que lo que fue en tu edad dorada
oro, lilio, clavel, cristal luciente

no solo en plata o víola troncada
se vuelva, mas tú y ello juntamente
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

La dulce boca que a gustar convida
un humor entre perlas distilado,
y a no invidiar aquel licor sagrado
que a Júpiter ministra el garzón de Ida,

amantes, no toquéis, si queréis vida,
porque entre un labio y otro colorado
Amor está, de su veneno armado,
cual entre flor y flor sierpe escondida.

No os engañen las rosas, que a la Aurora
diréis que, aljofaradas y olorosas,
se le cayeron del purpúreo seno:

manzanas son de Tántalo, y no rosas,
que después huyen del que incitan ahora,
y solo del Amor queda el veneno.

SEGUNDA PARTE DE LA FÁBULA DE
LOS AMORES DE HERO Y LEANDRO,
Y DE SUS MUERTES

Arrojose el mancebito
al charco de los atunes,
como si fuera el estrecho
poco más de medio azumbre.

Ya se va dejando atrás
las pedorreras azules
con que enamoró en Abido
mil mozuelas agridulces.

Del estrecho la mitad
pasaba sin pesadumbre,
los ojos en el candil,
que del fin temblando luce,
cuando el enemigo cielo
disparó sus arcabuces,
se desatacó la noche
y se orinaron las nubes.

Los vientos desenfrenados
parece que entonces huyen
del odre donde los tuvo
el griego de los embustes.

El fiero mar alterado,
que ya sufrió como yunque
al ejército de Jerjes,
hoy a un mozuelo no sufre.

Mas el animoso joven,
con los ojos cuando sube,
con el alma cuando baja,
siempre su norte descubre.

No hay ninfa de Vesta alguna
que así de su fuego cuide
como la dama de Sesto
cuida de guardar su lumbré:

con las almenas la ampara,
porque ve lo que le cumple,
con las manos la defiende
y con las ropas la cubre;

pero poco le aprovecha,
por más remedios que use,
que el viento con su esperanza
y con la llama concluye.

Ella entonces, derramando
dos mil perlas de ambas luces,
a Venus y a Amor promete
sacrificios y perfumes;

pero Amor, como llovía
y estaba en cueros, no acude,
ni Venus, porque con Marte
está cenando unas ubres.

El amador, en perdiendo
el farol que lo conduce,
menos nada y más trabaja,
más teme y menos presume;
ya tiene menos vigor,
ya más veces se zabelle,
ya ve en el agua la muerte,
ya se acaba, ya se hunde.

Apenas expiró, cuando,
bien fuera de su costumbre,
cuatro palanquines vientos
a la orilla lo sacuden,

al pie de la amada torre
donde Hero se consume,
no deja estrella en el cielo
que no maldiga y acuse,
y viendo el difunto cuerpo,
la vez que se lo descubren
de los relámpagos grandes
las temerosas vislumbres,

desde la alta torre envía
el cuerpo a su amante dulce,
y la alma a donde se queman
pastillas de piedra zufre.

Apenas del mar salía
el sol a rayar las cumbres,
cuando la doncella de Hero,
temiendo el suceso, acude,
y, viendo hecha pedazos
aquella flor de virtudes,
de cada ojo derrama
de lágrimas dos almudes.

Juntando los mal logrados,
con un punzón de un estuche
hizo que estas tristes letras
una blanca piedra ocupen:

*Hero somos y Leandro,
no menos necios que ilustres,
en amores y firmezas
al mundo ejemplos comunes.*

*El amor como dos huevos
quebrantó nuestras saludes:
él fue pasado por agua,
yo estrellada mi fin tuve.*

*Rogamos a nuestros padres
que no se pongan capuces,
sino, pues un fin tuvimos,
que una tierra nos sepulte.*

*Buena orina y buen color,
y tres higas al doctor.*

Cierto doctor medio almud
llamar solía, y no mal,
al vidrio del orinal
espejo de la salud;
porque el vicio o la virtud
del humor que predomina,
nos lo demuestra la orina
con clemencia o con rigor.
*Buena orina y buen color,
y tres higas al doctor.*

La sanidad, cosa es llana
que de la color se toma,
porque la salud se asoma
al rostro como a ventana,
si no es alguna manzana
arrebolada y podrida,
como cierta fermentida
galeota del Amor.
*Buena orina y buen color,
y tres higas al doctor.*

Balas de papel escritas
sacan médicos a luz,
que son balas de arcabuz
para vidas infinitas;
plumas doctas y eruditas
gasten, que de mí sabrán
que es mi aforismo el refrán:
vivir bien, beber mejor.
*Buena orina y buen color,
y tres higas al doctor.*

Oh bien haya la bondad
de los castellanos viejos,
que al vecino de Alaejos
hablan siempre en puridad,
y al santo, que la mitad
partió con Dios de su manto,
no echan agua, porque el santo
sin capa no habrá calor.
*Buena orina y buen color,
y tres higas al doctor.*

DE UN CAMINANTE ENFERMO
QUE SE ENAMORÓ DONDE FUE
HOSPEDADO

Descaminado, enfermo, peregrino
en tenebrosa noche, con pie incierto
la confusión pisando del desierto,
voces en vano dio, pasos sin tino.

Repetido latir, si no vecino,
distinto, oyó de can siempre despierto,
y en pastoral albergue mal cubierto
piedad halló, si no halló camino.

Salió el sol, y entre armiños escondida,
soñolienta beldad con dulce saña
salteó al no bien sano pasajero.

Pagará el hospedaje con la vida;
más le valiera errar en la montaña
que morir de la suerte que yo muero.

Cosas, Celalba mía, he visto extrañas:
cascarse nubes, desbocarse vientos,
altas torres besar sus fundamentos,
y vomitar la tierra sus entrañas;

duras puentes romper, cual tiernas cañas,
arroyos prodigiosos, ríos violentos,
mal vadeados de los pensamientos
y enfrenados peor de las montañas;

los días de Noé, gentes subidas
en los más altos pinos levantados,
en las robustas hayas más crecidas;

pastores, perros, chozas y ganados
sobre las aguas vi, sin forma y vidas,
y nada temí más que mis cuidados.

¡Qué de invidiosos montes levantados,
de nieves impedidos,
me contienden tus dulces ojos bellos!
¡Qué de ríos del hielo tan atados,
del agua tan crecidos,
me defienden el ya volver a vellos!
¡Y qué, burlando dellos,
el noble pensamiento
por verte viste plumas, pisa el viento!

Ni a las tinieblas de la noche oscura
ni a los hielos perdona,
y a la mayor dificultad engaña;
no hay guardas hoy de llave tan segura
que nieguen tu persona,
que no desmienta con discreta maña,
ni emprenderá hazaña
tu esposo, cuando lidie,
que no la registre él, y yo no invidie.

Allá vueles, lisonja de mis penas,
que con igual licencia
penstras el abismo, el cielo escalas;
y mientras yo te aguardo en las cadenas
desta rabiosa ausencia,
al viento agravien tus ligeras alas.
Ya veo que te calas
donde bordada tela
un lecho abriga y mil dulzuras cela.

Tarde batiste la invidiosa pluma,
que en sabrosa fatiga
vieras (muerta la voz, suelto el cabello)
la blanca hija de la blanca espuma,
no sé si en brazos diga
de un fiero Marte, o de un Adonis bello;
ya anudada a su cuello
podrás verla dormida,
y a él casi trasladado a nueva vida.

Desnuda el brazo, el pecho descubierta,
entre templada nieve
evaporar contempla un fuego helado,
y al esposo, en figura casi muerta,
que el silencio le bebe
del sueño con sudor solicitado.
Dormid, que el dios alado,
de vuestras almas dueño,
con el dedo en la boca os guarda el sueño.

Dormid, copia gentil de amantes nobles,
en los dichosos nudos
que a los lazos de amor os dio Himeneo,
mientras yo, desterrado, destes robles
y peñascos desnudos
la piedad con mis lágrimas granjeo.
Coronad el deseo
de gloria, en recordando:
sea el lecho de batalla campo blando.

Canción, di al pensamiento
que corra la cortina,
y vuelva al desdichado que camina.

En un pastoral albergue
que la guerra entre unos robres
lo dejó por escondido
o lo perdonó por pobre,
do la paz viste pellico
y conduce entre pastores
ovejas del monte al llano,
y cabras del llano al monte,
mal herido y bien curado
se alberga un dichoso joven
que, sin clavarle Amor flecha,
lo coronó de favores.

Las venas con poca sangre,
los ojos con mucha noche,
lo halló en el campo aquella
vida y muerte de los hombres.

Del palafrén se derriba,
no porque al moro conoce,
sino por ver que la hierba
tanta sangre paga en flores.

Límpiale el rostro, y la mano
siente al Amor que se esconde
tras las rosas, que la muerte
va violando sus colores

(escondiose tras las rosas,
por que labren sus arpones
el diamante del Catay
con aquella sangre noble).

Ya le regala los ojos,
ya le entra, sin ver por dónde,
una piedad mal nacida
entre dulces escorpiones;

ya es herido el pedernal,
ya despide el primer golpe
centellas de agua. ¡Oh piedad,
hija de padres traidores!

Hierbas aplica a sus llagas,
que si no sanan entonces,
en virtud de tales manos
lisonjean los dolores.

Amor le ofrece su venda,
mas ella sus velos rompe
para ligar sus heridas;
los rayos del sol perdonen.

Los últimos nudos daba,
cuando el cielo la socorre
de un villano en una yegua,
que iba penetrando el bosque.

Enfrénelo de la bella
las tristes piadosas voces,
que los firmes troncos mueven
y las sordas piedras oyen.

Y la que mejor se halla
en las selvas que en la corte,
simple bondad, al pío ruego
cortésmente corresponde.

Humilde se apea el villano,
y sobre la yegua pone
un cuerpo con poca sangre,
pero con dos corazones.

A su cabaña los guía,
que el sol deja su horizonte,
y el humo de su cabaña
les va sirviendo de norte.

Llegaron temprano a ella,
do una labradora acoge
un mal vivo con dos almas
y una ciega con dos soles.

Blando heno en vez de pluma
para lecho les compone,
que será tálamo luego
do el garzón sus dichas logre.

Las manos, pues, cuyos dedos
de esta vida fueron dioses,
restituyen a Medoro
salud nueva, fuerzas dobles,
y le entregan, cuando menos,
su beldad y un reino en dote,
segunda invidia de Marte,
primera dicha de Adonis.

Corona un lascivo enjambre
de cupidillos menores
la choza, bien como abejas
hueco tronco de alcornoque.

¡Qué de nudos le está dando
a un áspid la Invidia torpe,
contando de las palomas
los arrullos gemidores!

¡Qué bien la destierra Amor,
haciendo la cuerda azote,
por que el caso no se infame
y el lugar no se inficione!

Todo es gala el africano,
su vestido espira olores,
el lunado arco suspende
y el corvo alfanje depone;

tórtolas enamoradas
son sus rancos atambores,
y los volantes de Venus,
sus bien seguidos pendones.

Desnuda el pecho anda ella,
vuela el cabello sin orden;
si lo abrocha, es con claveles,
con jazmines, si lo coge.

El pie calza en lazos de oro,
por que la nieve se goce
y no se vaya por pies
la hermosura del orbe.

Todo sirve a los amantes:
plumas les baten veloces
airecillos lisonjeros,
si no son murmuradores;

los campos les dan alfombras,
los árboles pabellones,
la apacible fuente sueño,
música los ruseñores;

los troncos les dan cortezas
en que se guarden sus nombres
mejor que en tablas de mármol
o que en láminas de bronce:

no hay verde fresno sin letra,
ni blanco chopo sin mote;
sin un valle «Angélica» suena,
otro «Angélica» responde.

Cuevas, do el silencio apenas
deja que sombras las moren,
profanan con sus abrazos,
a pesar de sus horrores.

Choza, pues, tálamos y lecho,
cortesanos labradores,
aires, campos, fuentes, vegas,
cuevas, troncos, aves, flores,
fresnos, chopos, montes, valles,
contestes de estos amores,
el cielo os guarde, si puede,
de las locuras del Conde.

*¿Qué lleva el señor Esgueva?
Yo os diré lo que lleva.*

Lleva este río crecido,
y llevará cada día,
las cosas que por la vía
de la cámara han salido,
y cuanto se ha proveído,
según leyes de Digesto,
por jüeces que, antes desto,
lo recibieron a prueba.

*¿Qué lleva el señor Esgueva?
Yo os diré lo que lleva.*

Lleva el cristal que le envía
una dama y otra dama,
digo el cristal que derrama
la fuente de mediodía,
y lo que da la otra vía,
sea pebete o sea topacio,
que al fin damas de palacio
son ángeles hijos de Eva.

*¿Qué lleva el señor Esgueva?
Yo os diré lo que lleva.*

Lleva lágrimas cansadas
de cansados amadores,
que, de puro servidores,
son de tres ojos lloradas;
de aquel, digo, acrecentadas,
que una nube le da enojo,
porque no hay nube de este ojo
que no truene y que no llueva.
¿Qué lleva el señor Esgueva?
Yo os diré lo que lleva.

Lleva pescado de mar,
aunque no muy de provecho,
que, salido del estrecho,
va a Pisuerga a desovar;
si antes era calamar
o si antes era salmón,
se convierte en camarón
luego que en el río se ceba.
¿Qué lleva el señor Esgueva?
Yo os diré lo que lleva.

Lleva, no patos reales
ni otro pájaro marino,
sino el noble palomino
nacido en nobles pañales;
colmenas lleva y panales,
que el río les da posada:
la colmena es vidriada,
y el panal es cera nueva.
¿Qué lleva el señor Esgueva?
Yo os diré lo que lleva.

Lleva, sin tener su orilla
árbol ni verde ni fresco,
fruta que es toda de cuesco,
y, de madura, amarilla;
hácese della en Castilla
conserva en cualquiera casa,
y tanta ciruela pasa,
que no hay quien sin ella beba.
¿Qué lleva el señor Esgueva?
Yo os diré lo que lleva.

EN LA FIESTA DEL SANTÍSIMO
SACRAMENTO

- Juana *Mañana sa Corpus Christa,
mana Crara;
alcoholemo la cara
e lavémono la vista.*
- Clara *¡Ay, Jesús, como sa mu trista!*
- Juana *¿Qué tene?, ¿pringa señora?*
- Clara *Samo negra pecandora,
e branca la Sacramenta.*
- Juana *La alma sa como la denta,
Crara mana.
Pongamo fustana,
e bailemo alegre,
que aunque samo negra,
sa hermosa tú.
Zambambú, morenica de Congo,
zambambú.
Zambambú, que galana me pongo,
zambambú.*

Vamo a la sagraria, prima,
veremo la procesiona,
que aunque negra, sa presona
que la perrera me estima.
A ese mármolo te arrima.

Clara Más tinta sudamo, Juana,
que dos pruma de escribana.
¿Quién sa aquel?

Juana La perdiguera.

Clara ¿Y esotra chupamadera?

Juana La señora chirimista.

Clara ¡Ay, Jesús, como sa mu trista!

Juana Mira la cabilda, cuánta
va en rengre noble señora,
cuya virtud me namora,
cuya majestá me panta.

Clara ¿Si viene la obispa santa?
¡Chillémola!

Juana ¡Ay, que cravela!
Pégate, Crara, cüela,
la mano le besará,
que mano que tanto da,
en Congo aun sará bienquista.

Clara ¡Ay, Jesús, como sa mu trista!

DE UNAS EMPANADAS DE UN
JABALÍ QUE MATÓ EL MARQUÉS
DEL CARPIO

En vez de acero bruñado,
que da horror, aunque da luz,
en los montes de Adamuz
cerdas Marte se ha vestido
contra el Adonis querido
de la Venus de Guzmán,
tan valiente, si galán,
en este robusto oficio,
que, rompiéndole el silicio,
nos ha dado al dios en pan.

EN AGRADECIMIENTO DE UNA
DÉCIMA QUE EL CONDE DE SALDAÑA
HIZO EN DEFENSA DEL
POLIFEMO Y SOLEDADES

Royendo sí, mas no tanto,
el mar con su alterno diente
el escollo está eminente
que del cíclope oyó el canto,
como a sí la invidia, en cuanto
cisne augustamente dino
de sitial cristalino
su pluma hace elegante
si bastón no de un gigante,
báculo de un peregrino.

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

1. *¡Oh, qué vimo, Mangalena!*
¡Oh, qué vimo!
2. *¿Dónde, primo?*
1. *No portalo de Belena.*
2. *¿E qué fu?*
1. *Entre la hena*
mucho Sol con mucha raia.
2. *Caia, caia.*
1. *Por en Diosa que no miento.*
2. *Vamo aiá.*
1. *Toca instrumento.*
2. *Elamú, calambú, cambú,*
elamú.
1. *Tú, prima, será al momento*
escravita do nacimiento.
2. *¿E qué será, primo, tú?*
1. *Saró bu,*
se chora o menín Jesús.
2. *Elamú, calambú, cambú,*
elamú.

1. Cosa vimo que creia
 pantará: mucha jerquía,
 cantando con melonía
 a un niño que e Diosa e Reia,
 ma tan desnuda que un bueia
 le está contino vahando.
2. Veamo, primo, volando
 tanta gloria e tanta pena.
1. *¡Oh, qué vimo, Mangalena!*
¡Oh, qué vimo!
2. *¿Dónde, primo?*
1. *No portalo de Belena.*
2. Soméme e, vendóme a rosa
 de Jericongo, María,
 «Entra —dijo—, prima mía»,
 que negra so, ma hermosa.
1. *¿Entraste?*
2. Sí, e maliciosa
 a mula un coz me tiró.
1. Caia, que non fu coz, no.
2. *¿Pos qué fu?*
1. Invidia, morena.
¡Oh, qué vimo, Mangalena!
¡Oh, qué vimo!
2. *¿Dónde, primo?*
1. *No portalo de Belena.*

DE UNA DAMA QUE, QUITÁNDOSE
UNA SORTIJA, SE PICÓ CON UN
ALFILER

Prisión del nácar era articulado
de mi firmeza un émulo luciente,
un diamante, ingeniosamente
en oro también él aprisionado.

Clori, pues, que su dedo apremiado
de metal aun precioso no consiente,
gallarda un día sobre impaciente
lo redimió del vínculo dorado.

Mas ay, que insídioso latón breve
en los cristales de su bella mano
sacrílego divina sangre bebe:

púrpura ilustró menos indiano
marfil; invidiosa sobre nieve,
claveles deshojó la Aurora en vano.

*No vayas, Gil, al Sotillo,
que yo sé
quien novio al Sotillo fue,
que volvió después novillo.*

Gil, si es que al Sotillo vas,
mucho en la jornada pierdes:
verás sus álamos verdes,
y alcornoque volverás.
Allá en el Sotillo oirás
de algún ruiñeñor las quejas;
yo en tu casa a las cornejas,
y ya tal vez al cuclillo.
*No vayas, Gil, al Sotillo,
que yo sé
quien novio al Sotillo fue,
que volvió después novillo.*

Al Sotillo floreciente
no vayas, Gil, sin temores,
pues mientras miras sus flores,
te enraman toda la frente;
hasta el agua transparente
te dirá tu perdición,
viendo en ella tu armazón,
que es más que la de un castillo.
*No vayas, Gil, al Sotillo,
que yo sé
quien novio al Sotillo fue,
que volvió después novillo.*

Mas si vas determinado,
y allá te piensas holgar,
procura no merendar
de esto que llaman venado;
de aquel vino celebrado
de Toro no has de beber,
por no dar en qué entender
al uno y otro corrillo.
*No vayas, Gil, al Sotillo,
que yo sé
quien novio al Sotillo fue,
que volvió después novillo.*

A DON ANTONIO CHACÓN,
QUE DESDE COLMENAR VIEJO LE
HABÍA ENVIADO UN REQUESÓN

Este de mimbres vestido
requesón de Colmenar
bien le podremos llamar
panal de suero cocido.
A leche y miel me ha sabido:
decidme en otro papel
lo que se confunde en él,
que sin duda alada oveja,
cuando no lanuda abeja,
leche le dieron, y miel.

AL NACIMIENTO DE CRISTO,
NUESTRO SEÑOR

*Caído se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno:
¡qué glorioso que está el heno,
porque ha caído sobre él!*

Quando el silencio tenía
todas las cosas del suelo,
y coronada del hielo
reinaba la noche fría,
en medio la monarquía
de tiniebla tan crüel,
*caído se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno:
¡qué glorioso que está el heno,
porque ha caído sobre él!*

De un solo clavel ceñida
la Virgen, Aurora bella,
al mundo se lo dio, y ella
quedó cual antes florida;
a la púrpura caída
solo fue el heno fiel.

*Caído se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno:
¡qué glorioso que está el heno,
porque ha caído sobre él!*

El heno, pues, que fue dino,
a pesar de tantas nieves,
de ver en sus brazos leves
este rosicler divino,
para su lecho fue lino,
oro para su dosel.

*Caído se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno:
¡qué glorioso que está el heno,
porque ha caído sobre él!*

EN PERSONA DEL MARQUÉS
DEFLORES DE ÁVILA,
ESTANDO ENFERMO

*Aprended, Flores, en mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui,
y hoy sombra mía aun no soy.*

La Aurora ayer me dio cuna,
la noche ataúd me dio;
sin luz muriera, si no
me la prestara la luna;
pues de vosotras ninguna
deja de acabar así,
*aprended, Flores, en mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui,
y hoy sombra mía aun no soy.*

Consuelo dulce el clavel
es a la breve edad mía,
pues quien me concedió un día,
dos apenas le dio a él;
efímeras del vergel,
yo cárdena, él carmesí,
*aprended, Flores, en mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui,
y hoy sombra mía aun no soy.*

Flor es el jazmín, si bella,
no de las más vividoras,
pues dura pocas más horas
que rayos tiene de estrella;
si el ámbar florece, es ella
la flor que él retiene en sí.
*Aprended, Flores, en mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui,
y hoy sombra mía aun no soy.*

Aunque el alhelí grosero
en fragancia y en color
más días ve que otra flor,
pues ve los de un mayo entero,
morir maravilla quiero,
y no vivir alhelí.

*Aprended, Flores, en mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui,
y hoy sombra mía aun no soy.*

A ninguna flor mayores
términos concede el sol
que al sublime girasol,
Matusalén de las flores;
ojos son aduladores
cuantas en él hojas vi.

*Aprended, Flores, en mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui,
y hoy sombra mía aun no soy.*

INFIERE, DE LOS ACHAQUES
DE LA VEJEZ, CERCANO EL FIN
A QUE CATÓLICO SE ALIENTA

En este occidental, en este, oh Licio,
climatérico lustro de tu vida,
todo mal afirmado pie es caída,
toda fácil caída es precipicio.

¿Caduca el paso? Ilústrese el jüicio.
Desatándose va la tierra unida;
¿qué prudencia, del polvo prevenida,
la rüina aguardó del edificio?

La piel, no solo, sierpe venenosa,
mas con la piel los años se desnuda,
y el hombre no. ¡Ciego discurso humano!

¡Oh aquel dichoso que, la ponderosa
porción depuesta en una piedra muda,
la leve da al zafiro soberano!

DE LA BREVEDAD ENGAÑOSA
DE LA VIDA

Menos solicitó veloz saeta
destinada señal, que mordió aguda;
agonal carro por la arena muda
no coronó con más silencio meta,

que presurosa corre, que secreta,
a su fin nuestra edad. A quien lo duda,
fiera que sea de razón desnuda,
cada sol repetido es un cometa.

Confésalo Cartago, ¿y tú lo ignoras?
Peligro corres, Licio, si porfías
en seguir sombras y abrazar engaños.

Mal te perdonarán a ti las horas,
las horas que limando están los días,
los días que royendo están los años.

LUIS DE GÓNGORA (Córdoba, España, 11 de julio de 1561- 23 de mayo de 1627). Nacido en el seno de una familia acomodada, estudió en la Universidad de Salamanca. Nombrado racionero en la catedral de Córdoba, desempeñó varias funciones que le brindaron la posibilidad de viajar por España. Su vida disipada y sus composiciones profanas le valieron pronto una amonestación del obispo. Hacia 1603 escribió algunas de sus más ingeniosas letrillas, trabó una fecunda amistad con Pedro Espinosa y se enfrentó en terrible y célebre enemistad con su gran rival, Francisco de Quevedo. Instalado definitivamente en la corte a partir de 1617, fue nombrado capellán de Felipe III, lo cual, como revela su correspondencia, no alivió sus dificultades económicas, que lo acosarían hasta la muerte. Aunque en su testamento hace referencia a su «obra en prosa y en verso», no se ha hallado ningún escrito en prosa, salvo las cartas que conforman su epistolario, testimonio valiosísimo de su tiempo. A pesar de que no publicó en vida casi ninguna de sus obras poéticas, éstas corrieron de mano en mano y fueron muy leídas y comentadas. No llegó a ver impresas más que algunas poesías menores en cancioneros.

En sus primeras composiciones (hacia 1580) se adivina ya la implacable vena satírica que caracterizará buena parte

de su obra posterior. Pero al estilo ligero y humorístico de esta época se le unirá otro, elegante y culto, que producirá la perfección de su poesía.

Góngora rompió con todas las distinciones clásicas entre géneros lírico, épico e incluso satírico. El estilo gongorino es sin duda muy personal.

Su fama fue enorme durante el Barroco, aunque su prestigio y el conocimiento de su obra decayeron luego hasta bien entrado el siglo XX, cuando la celebración del tercer centenario de su muerte (en 1927) congregó a los mejores poetas y literatos españoles de la época (conocidos desde entonces como la Generación del 27) y supuso su definitiva revalorización crítica.

Con información de <http://www.biografiasyvidas.com/biografia/g/gongora.htm>

PARA ASOMARSE A LA POESÍA DE LUIS DE GÓNGORA

La poesía de Góngora es, quizá, la más objetiva, precisa y hermosa escrita en lengua española. No sé si volveremos a tener esa elocuente concisión, esa belleza, a la vez misteriosa y luminosa, y ese uso tan rotundamente eficaz de la lengua.

La antología que tiene el lector ante sus ojos propone un recorrido vital y artístico por la obra gongorina. Comenzamos con dos romances que Góngora compuso cuando apenas tenía 19 años; En “La más bella niña”, una muchacha ha perdido a su amado y se lamenta ante su madre: no puede dejar de llorar, pues en su lecho sobra la mitad. En “Hermana Marica”, un niño travieso se relame ante la aventura juguetona que promete un día sin clases: vestirse coqueto, comer golosinas, jugar al caballito, lucirse frente a las muchachas. El dolor de la joven viuda, la simple vida cotidiana del pueblo, son los temas que Góngora dignifica (porque dignos son) con la belleza de su arte.

La letrilla “Ándeme yo caliente...” nos muestra al hombre vital y gozoso al que poco le preocupan los quebraderos de cabeza del gobierno, mientras gobierne sus días mantequi-

lla untada en pan tierno; al que nada le da que el príncipe coma en platos de oro, pues él prefiere una morcilla que reviente en el brasero. La solemnidad y el fasto no son para él: Góngora está más por el gozo de cada día. En la vena petrarquista, hay aquí de sonetos de amor, pero también la dramática reflexión sobre el paso del tiempo y el fin de la vida, no en la muerte, sino más escéptica y trágicamente aún, en la nada. Con todo, Góngora es más optimista que pesimista. Las trágicas historias de amor le parecen más dignas de risa que de aplauso. Ahí están Leandro y Hero, los célebres amantes: cada noche él cruza a nado el Helesponto para visitarla; ella lo espera arriba de una torre con una antorcha; hasta que una noche de tormenta, él llega ahogado a la orilla, y ella, al verlo, se tira de la torre. Final que Góngora encuentra digno de un buen chiste, pues los jóvenes mueren como huevos: él, pasado por agua; ella, estrellada.

No faltan los españolísimos “cuernos” en el repertorio gongorino: el Gil que descuida a su dama y se va al Sotillo, cuando se sabe que quien se fue novio al Sotillo, regresó novillo (‘cornudo’).

La burla le sirve también para la denuncia: por ejemplo, de la mala práctica de los doctores, que se limitan a preguntar por el color de la orina y a cobrar; así que mientras se

tenga buena orina, al diablo los doctores. O también la graciosa burla a la porquería que es el río Esgueva: cruza Valladolid llevando el excremento de la ciudad, pero nunca se había habla con tanta exquisitez y sutileza de la caca. En este mismo terreno de la denuncia hay que destacar la ternura con que Góngora habla de la situación de la población negra en sus dos composiciones de Corpus Christi: dos esclavas negras dialogan, quieren ir a la procesión del Santísimo Sacramento; una de ellas tiene miedo de que por ser negra no se lo permitan; la otra la consuela diciéndole que el alma es blanca y que, de todos modos, el que saca a los perros de la iglesia (que también sacaba a los negros) es su amigo, por lo que las dejará quedarse en la fiesta. La mejor muestra del conceptismo casi matemático de Góngora son sus décimas: por su brevedad son un alarde de su capacidad para cifrar un concepto complejo en pocos versos. En la primera décima agradece una empanada de jabalí, regalo del marqués de Carpio; en la segunda reconoce al conde de Saldaña el haber salido en defensa de su *Polifemo* y sus *Soledades*; en la última agradece un requesón, tan sabroso, que en él se confunden la leche y la miel, la oveja y la abeja (nótese el juego). Cierran la antología dos impresionantes sonetos de 1623, del Góngora viejo y enfermo, que sabe cercano el fin.

Los tres versos finales del segundo soneto son dolorosa y apremiantemente magistrales: no nos perdonarán las horas, esas horas que van limando los días, esos días que roen los años.

MARTHA LILIA TENORIO

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendingueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre

40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Bocanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Óscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apüshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo

79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de naufrago*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo
90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos
91. *Somos las horas. Antología poética*, Abelardo Leal
92. *Dos patrias tengo yo*, José Martí
93. *Visibles ademanes. Antología*, Eugenia Sánchez Nieto (Yuyin)
94. *Los días son dioses*, Robinson Quintero Ossa
95. *Oscura música*, Amparo Osorio
96. *Como acabados de salir del diluvio*, Horacio Benavides
97. *Como se inclina la hierba*, Manuel Iván Urbina Santafé
98. *En la memoria me confundo*, Claramercedes Arango M.
99. *Poemas para leer en el bus*, Rubén Darío Lotero
100. *Memoria del olvido*, Manuel Mejía Vallejo
101. *Vivo sin vivir en mí*, San Juan de la Cruz
102. *Soledades. Antología*, Antonio Machado
103. *La risa del saxo y otros poemas*, Fernando Linero
104. *Poesías*, Guillermo Valencia
105. *Me duele una mujer en todo el cuerpo I*, Antología femenina
106. *Me duele una mujer en todo el cuerpo II*, Antología femenina
107. *¿Cómo era, Dios mío, cómo era?*, Juan Ramón Jiménez
108. *Mordedura de tiempo*, María Ángeles Pérez López
109. *Poemas escogidos*, Rafael Maya
110. *Rimas escogidas*, Gustavo Adolfo Bécquer
111. *Con los que viajo, sueño. Antología (1978-2003)*, Víctor Gaviria
112. *Que muero porque no muero*, Santa Teresa de Jesús
113. *Festejar la ausencia. Antología*, Beatriz Vanegas Athias
114. *Polvo serán, mas polvo enamorado. Antología poética*, Francisco de Quevedo
115. *Antología poética*, Carlos Arturo Torres
116. *Poner bellezas en mi entendimiento*, Sor Juana Inés de la Cruz
117. *Poesía Afro Colombiana 1849-1989*
118. *En un pastoral albergue. Antología poética*, Luis de Góngora



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en noviembre de 2015

Se compuso en caracteres
Sabon de 10,5 puntos
y se imprimió
sobre papel bulky de 60 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem

